

PARECE QUE VA A LLOVER

Gonzalo Martínez

Parece que va a llover. Que lloverá fuerte, como en esas noches de verano donde, luego de un calor agobiante, el cielo se descuelga con baldazos de agua fría. Lloverá si no somos conscientes. Como en las tardes de invierno, en donde los edificios se pintan del gris de la niebla y nosotros nos volvemos el color de nuestras bufandas. Lloverá si no nos cuidamos, si no somos conscientes.

Lloverá en la vida de quienes pierdan sus trabajos a causa del virus, esperando una nueva oportunidad y deseosos de conseguirla pronto. Lloverá, como garúa cada tanto, molestando la caminata, en aquellos que vivan la incertidumbre de no saber si la silla de sus oficinas los estará esperando después de esto.

Parece que lloverá. Que lloverá con ganas, tanto que traspasará los techos, en la realidad de muchos que el encierro es, en verdad, calvario. En los que sufren por estar solos, quizás abandonados, y también en tantos que, rodeados de gente, no sienten nada. Lloverá en los hombres y mujeres que están deprimidos y en los que en su mente no solo hay lluvia, sino relámpagos y truenos que retumban, una y otra vez. Lloverá, vaya que lloverá, en los que para cuidarse del virus deban soportar la violencia, el maltrato, el abuso.

Lloverá y no habrá paraguas que pare la diferencia de oportunidades en quienes no puedan ir a la escuela ni conectarse a internet. Y lloverá también en los que, teniendo el pizarrón en la pantalla, se olviden de que existen aquellos otros.

Lloverá y el agua caerá sin piedad, como lo hará en las cárceles, si el virus llega y se contagian aquellos que cometieron errores, pero que, tan humanos como nosotros, deben estar a un metro de distancia de los demás... Y no lo están.

Parece que lloverá. En el amanecer y en el anochecer de los días... y de la vida misma. En las madres que deberán dar a luz solas en los hospitales y recibirán los abrazos por videollamadas. Y en los familiares que no puedan aupar los

primeros llantos. En los viejitos que estén en un hogar lleno de cuidados, pero que no puedan sentir el corazón colmado por la visita de sus nietos. Diluviarán, con fuerza, como cuando las lágrimas caen de las pupilas y recorren las mejillas con dolor, si aquellos que se van no pueden ser despedidos por sus seres queridos.

Se vendrá el chaparrón y se convertirá en temporal la vida de los enfermos del virus que sigan muriendo a causa de patologías, a causa de complicaciones, a causa de no haber sido conscientes a tiempo. Y en los que, aun siéndolo, se topen con alguien que no lo fue. Caerá la lluvia en aquellos que no puedan recibir la atención que merecen y en los médicos que vean que sus esfuerzos no son suficientes. Y todo por no ser conscientes.

Lloverá, claro que lloverá, en nosotros, si no estamos dispuestos a escuchar lo que esto tiene para decirnos. Lo que nos grita sobre lo que somos, sobre las lloviznas y las verdaderas tormentas. Lloverá si no nos damos la oportunidad de mirarnos a nosotros mismos... y si solo creemos que el chubasco está afuera.

Y volverá a llover, otra vez, si salimos a la calle y sentimos el olor a tierra mojada, pero luego de las primeras horas de sol, nos olvidamos lo que la lluvia nos enseñó.